EL PAIS

CON PEDRO DALTON

Espadas contra la muerte

Daniel Mella

A principios de los noventa, si te gustaba el rock de verdad te gustaban los Buenos Muchachos. Te gustaban los Chicos Eléctricos, The Supersónicos, la Hermana Menor, pero si precisabas hacer catarsis ibas a ver los Buenos.

FOTO



A partir de cierto momento empezó a circular un cassette negro titulado Nunca fui yo. Por mucho tiempo fue la única grabación disponible del grupo, así que si los querías oír tenías que ir a verlos. Los podías ver siempre de cerquita en Juntacadáveres o en Perdidos, donde no cabían más de cien personas, y sabías que ibas a salir del toque menos solo. Estaba la música, cruda, fuerte, alucinatoria, y estaban las letras de Pedro Dalton (1967) y su voz rota. Nadie estaba más enojado que Pedro. Al menos, a nadie le daba para subirse a un escenario y gritar por nosotros, jóvenes invisibles de una Montevideo sin futuro.

Veinte años y seis discos después (dos de oro), nos encontramos en el Michigan, el bar de su barrio.

Desafinados.

-Llenan siempre que tocan. Llenaron el Teatro de Verano, llenan en Buenos Aires. ¿Cómo hicieron para volverse más populares?

-Agarramos una cresta de la ola con Amanecer Búho. Cuando estábamos intentando hacer la gran Buenos Aires, antes de que se quemara Cromañón, La Vela Puerca nos invitó a tocar en Obras. Tres noches de corrido. Para darnos una mano, para que nos viera más gente.

-Un gesto raro.

-Eso hizo La Vela por nosotros. Hotel, comida, todo. Sonamos del carajo. No nos faltó nada.

-¿Ahí sentiste que habían llegado finalmente?

-No. Ahí me sentí agradecido.

-Hubo una época en que si escuchabas a los Buenos, no podías escuchar a La Vela. Había como una división.

-En mi caso particular, nunca tuve ese prejuicio. Siempre consideré que cuando una banda llega a un lugar así es porque trabajó mucho. Acá nadie te regala nada. Los flacos hacían la música que querían hacer. No los agarró ningún productor y les dijo qué hacer. Se lo ganaron, ellos y No TeVaGustar. Fueron los que habilitaron que en Uruguay se empezaran a hacer shows a nivel internacional, a nivel de escenarios y de luces, por ejemplo. Fueron pioneros en eso, de la mano de Buitres. El Cuarteto también. El Cuarteto ya había explotado varias veces y se habían comido la bajada. Esos sí que saben lo que es subir y bajar.

-¿Se vencieron esos prejuicios?

-El Enano, de La Vela, fue uno de los que ayudó a vencer esos prejuicios. Nos venía a ver a los shows, por ejemplo. Trabé amistad con él cuando hice el arte para El Impulso. Un tipo especial. Es que es una pelotudez todo eso de la división. Como si fuera la costa Este contra la costa Oeste. A nosotros no nos jodan. El otro día hablaba con Frankie, el bajista de Hereford. Unos gurises en Rivera, fanáticos de Hereford y de Buenos Muchachos, organizaron un toque allá, nos alquilaron un ómnibus y nos llevaron. Frankie me preguntaba qué les habría pasado si por aquella época hubieran ido a tocar a Juntacadáveres, siendo ellos unos chetos del Viejo Jack. Nos mataban, decía Frankie. Yo qué sé. Quizás fuera más sectorial. Ahora se dejaron de lado los estándares de "vos sos careta", "vos te vendiste", etc.

-¿Cómo los cambió todo esto?

-Yo no le doy mucha vuelta a las cosas. Trato de mirar adelante. Hoy estás, mañana no. La actitud tiene que ser la misma del principio. Tenemos un entrenamiento que muchas bandas no tienen. Sabemos lo que es estar abajo. Sabemos lo que se hace cuando no hay nada. ¿Qué se hace? Se toca y se hace música, nada más. No salen fotos, no salís en las revistas, nadie te da bola. Así era al comienzo. No había equipos. No había amplificadores. Lo que nos enseñó es que en un país como éste, primero y antes que nada, hacé la música que te gusta, la que te haga vibrar. La actitud tiene que ser la misma que al principio.

-A la hora de dar el salto pasaron por momentos difíciles, cambios en la integración original, etc.

-Sí, nos costó muchísimo. Tuvimos que dejar ir a algunos músicos. Más que músicos. Y lo hicimos mal. No encontramos la mejor manera de decir las cosas, en parte por una cuestión de no querer hacerlo. No pudimos hacerlo a lo Bowie, que hace entrar y salir músicos cuando se le canta. Mickey Ronson decía que Bowie era un hijo de puta, pero que como músico no tenía nada que decirle. Es un despiadado al cual respeto muchísimo, decía. Al tipo le dolió que un día las Arañas de Marte se acabaran, ¿entendés? Son cosas muy fuertes. Te estás desprendiendo de amigos.

-¿Qué ajustes personales tuviste que hacer?

-Para Amanecer Búho, por ejemplo, tomé clases de canto con Fernando Ulivi. Me dije que las cosas que estábamos haciendo merecían, no que cantara de otra manera, sino mejor. Aprender un poquito de técnica. No le tengo miedo a pedir ayuda. Con mi poesía también pedí ayuda en un momento en que me sentí medio trancado, queriendo hacer algo nuevo. A Ulivi le llevé las canciones del disco y el tipo me enseñó a respirar, pequeños detalles, sin quitarme la esencia. Me ayudó mucho. Al punto de que cuando fuimos a grabar, no podía entender cómo había hecho para grabar el disco anterior. El tipo tiene oído absoluto, o sea que capta cualquier desafine.

-Pero la estética Buenos Muchachos permite cierto desafine.

-Sí, somos bastante punk en eso, pero igual hay que afinar.

-Puedo contarte entre un puñado de cantantes que incluso cuando le erran a una nota te pueden romper el corazón. Pienso en Elliott Smith.

-Tom Waits, Nirvana... A mí me gustan los pifies, yo qué sé. Los disfruto. Yo prefiero que tenga alma a que esté bien hecho. También disfruto de los genios que combinan fácilmente las dos cosas. David Bowie, de nuevo.

Vida de artista.

-¿Sacan guita de los discos?

-De los discos nos toca muy poco. Por donde viene es por Agadu. Dos lucas por mes, ponele.

-Con eso cubrís la UTE.

-Ahí va. Y el resto de las cuentas las pagamos con bandas paralelas, en realidad. Con 2Dalton, que somos yo y Marcelo, mi hermano, tocamos temas de los Buenos más acústicos. Con eso pago el almacén. Con Buenos Muchachos es más difícil mover la banda. Sale caro. Con la banda tenemos dos o tres toques grandes por año de los que podemos sacar algo más sustancioso. Pero no es fácil mantenerse y agarrar unos mangos fijos. Ahora, por el lado de la venta de entradas te están sacando como cuarenta pesos, porque se venden por Red UTS. Es un disparate, pero te permite que si estás en Malvín no tengas que ir al Centro a sacar la entrada. Esa comodidad a la gente le encanta y a nosotros nos tranquiliza. Estás constantemente sabiendo lo que estás vendiendo. Te van pasando un informe semanal.

-Aparte de varios libros de poesía publicaste una novela. Tus dibujos salían periódicamente en Freeway, le hiciste el arte a El Impulso, de La Vela Puerca. ¿Cómo te denominarías ahora?

-Un tipo que hace dibujos, canta y escribe.

-¿Qué formación plástica tuviste?

-Estudié año y medio con Nelson Ramos y siete años en el taller de Clever Lara. También en paralelo cursé el primer año del glorioso y lamentablemente desaparecido Club de Grabado del Uruguay. Además de Ramos y Clever tuve grandes amigos artistas que me enseñaron un montón, como Pedro Peralta, Gustavo Fernández, Rogelio Osorio. Por sobre todos estos estudios la persona clave que me hizo entrar en ese mundo fue mi gran amigo Vicente Martín (hijo).

-¿Qué estás haciendo ahora?

-No estoy escribiendo. Estoy haciendo letras, que no es lo mismo. Siempre tengo una carpeta de relatos, y de poesía. Estoy cerca de terminar el de poesía, que se llama Chumbazo en la jeta. Me gustaría aprender el tema de la escritura. No me lo permite hacer la parte de la lucidez. Prefiero quedarme bebiendo y dibujando, que la tengo más clara, pero eso para escribir no sirve.

-¿Cómo empezó tu vida de artista?

-Con mi abuelo, que dibujaba. Me encantaba verlo dibujar. Me enseñó a sacarle punta al lápiz, a poner las sombras. Podía estar horas dibujando, de chico. Vivía en un apartamento de octavo piso en Bulevar y Benito Blanco. No había cordoncito, no había bolita, no había tapadita, no había barrio. Me sacabas el lápiz y agarraba otro y te lo clavaba en el ojo. Al día de hoy es así. Si me sacaras el arte, piraría.

-Tus canciones, tu poesía, tu prosa están llenos de referencia a la droga.

-Me cuesta hablar de eso abiertamente. A veces las cosas se malentienden. Ni siquiera yo tengo claro qué es lo que quiero en ese sentido. Nadie está cómodo con la droga, por más que la disfrute. Conozco gente cuya vida mejoró mucho por haber dejado sus adicciones. Estuve en grupos, y aprendí querer y a respetar a gente en situaciones realmente malas. Yo tengo casa, comida, pan, leche, trabajo. No quiero que nadie use lo que yo diga como una defensa de la droga. Jamás saldría a defender ninguna droga ni a hacer apología de nada. Me refiero a las drogas duras. La marihuana, por otro lado, si se tratara de un proyecto bien hecho de legalización, lo apoyaría.

En directo.

-¿Cuál es el estilo Buenos Muchachos?

-A veces queremos que sea profesional, y como no somos muy profesionales en nuestra vida privada, eso no es muy posible. El estilo para nosotros es el estilo corazón.

-Contame algunos toques memorables.

-"El toque azul", en Juntacadáveres. Fue la primera vez que tocamos con buen sonido, en el 92. Fue magistral. Tenía un reverb en la voz que nunca me lo podía escuchar y esta vez sí, y sonaba a caverna. Terminamos el primer tema y yo estaba muerto, y todavía quedaban ocho. Había entrado gritando y vibrando como loco y quedé recansado. No sabía administrar la energía. Después está la presentación del Amanecer Búho en El Galpón. De los momentos más grandes de mi vida. Como si fuera el disco de calidad sonora, pero en vivo. Venía un coro. Un trabajo brutal de los Genuflexos, del taller de Martín Vergés, que se ocupó del arte. Y está el toque en el Teatro de Verano, abriendo para los Pixies. Yo no quería tocar con los Pixies. Quería verlos. Había quedado re mal de cuando vino Yo La Tengo, que tocaron con La Hermana Menor. Me pasó algo muy desagradable con la gente que estaba trabajando con la banda. Gente detestable. Entiendo que venían cansados, aviones, aeropuertos, pero no quería que me pasara eso con los Pixies. Pero salió bien. Después que cerramos con "De a dos mejor", Kim Deal me dio un abrazo. Dijo que teníamos una gran banda, y eso fue un honor. Después me senté relajado y feliz a mirar a los Pixies. El Doolittle fue el disco que definió cómo queríamos sonar. Mucha actitud. Sin tachas ni Harley Davidsons. Nos Gustaba [Nick] Cave, Pink Floyd, La Polla [Records], pero ése fue el disco que nos señaló por dónde agarrar.

-Tus letras también están impregnadas por la muerte. ¿Cuánto te ocupa la muerte?

-Tengo etapas. A veces me ocupa más de lo que quiero. Hay días que me levanto y está ahí, y le tengo miedo. La angustia te puede paralizar, pero por suerte soy un tipo activo y digo lo que me está pasando. Llegué a adelgazar siete kilos en una semana, en una ocasión. Comprendí que la angustia te puede congelar. Yo a la muerte la pateo para el costado. Si me meto en el rollo, me gana. Lo que me da miedo es que no sé lo que va a pasar después. ¿En qué se va a transformar esto que llamamos botella? ¿Y este vaso? Nunca tuve experiencias transcendentales. En las iglesias hay gente alucinante: los que trabajan, los que llevan el concepto del vamo arriba. No tengo nada en contra, pero todo eso me llegó poco. Hice yoga durante un tiempo. Leonard Cohen estuvo años en un monasterio, ¿no? Me parece fenómeno. Uno de los mejores escritores del mundo. Es un sabio. Está a ese nivel. Tengo un amigo que hizo una experiencia de Ayahuasca y le hizo muy bien, me lo recomendó, pero yo con los alucinógenos no juego. Si menciono a la muerte en mi arte, o si lo impregna, es porque en el arte tengo espadas, martillos, serruchos, todo para combatirla.

-¿Qué bandas nuevas interesantes has visto?

-Los Genuflexos, Millones De Casas Con Fantasmas. En Treinta y Tres, donde tocamos por el bicentenario, vi a Mandrake Wolf. Solo, con una guitarra. Sé que no es nuevo, pero nunca lo había visto y me partió la cabeza. Uno puede llegar a aburrirse en Montevideo, pero pasan cosas. La cuestión está en el boca a boca, porque los medios no te avisan. Ayer fui a ver una obra en Paso Molino. En un lugar abierto, un despliegue de veinticinco personas trabajando en simultáneo, terrible escenografía, una banda de acordeón, bombo y guitarra tocando casi dos horas sin parar. Teatro disparate, todo el tiempo a los gritos, pero bien hecho. Y era a voluntad. Uno ponía lo que podía. Si los noticieros avisaran de estas cosas en vez de informar que afanaron un Abitab, que es algo que pasó toda la vida... Un niño ve esa obra y va a quedar deslumbrado con montones de cosas y que capaz que lo ayuda a elegir eso, en vez de meterse en un conventillo a pegar pasta base.

-¿Precisás subirte a un escenario?

-No puedo no subirme a un escenario. Es como más me gusta. En directo. Y que pase lo que dios quiera. A veces estoy cansado y no tengo ganas. Puedo llegar a estar armando todo sin ganas, pero cuando pego el culo a la silla, empezó.

-¿Cuáles son tus pequeñas alegrías cotidianas? ¿El café de la mañana?

-Me estoy levantando al mediodía. Encontrar paltas en el Devoto es una alegría de esas. Ir a la feria también.